

Las confesiones de don Raúl. *El capitalismo periférico*

Joseph Hodara

*Para Gert Rosenthal,
con cándida amistad*

Advertencia inicial

ESCRIBIR SOBRE DON RAÚL PREBISCH, en estos días, parece comportar una inclinación extemporánea, justificadamente desatendible por inercia o por principio. Apenas un ingrediente de una arqueología del saber desprendida de resonancias fouquianas. Una licencia del tedio en cualquier caso. Consideraciones iniciales —se pensará— que podrían mutilar sin excusas el interés del lector por este ensayo. Sin embargo, no es ese mi propósito; sólo procuro hacer evidente desde el arranque, la deplorable brecha entre los elogios y los encantamientos rituales que se le prodigan a esta figura, de un lado, y la ausencia radical de lúcidos estudios encaminados a comentar y discernir sus aportes, del otro.¹

Comprobé esta distancia en un ensayo anterior,² donde sugerí algunas hipótesis para explicarla. Entre ellas: la frágil memoria de las instituciones argentinas y de las Naciones Unidas, espacios en los cuales don Raúl tuvo especial relevancia; la banalización de sus ideas por mano de repetidores “nostálgicos” que aún cultivan inocuamente tanto las gene-

¹ Un ejemplo de lirismo trivial: “La antorcha de sus ideas no se ha extinguido, y ellas pueden contribuir a iluminarnos aún los caminos del futuro”, en A. Di Filippo, “Desarrollo económico y transformación social: el legado de Prebisch”, *El Trimestre Económico*, vol. LIII, núm. 212, octubre-diciembre, 1986, p. 886.

² J. Hodara, “Prebisch: diez años después”, *El Trimestre Económico*, vol. LXII, núm. 4, octubre-diciembre, 1995, p. 248.

ralizaciones desarrollistas y dependientistas como el fervoroso discurrir revolucionario; la influencia declinante de la CEPAL y, en particular, del ILPES, que Prebisch fundara para eclipsar las luces de la primera; y el ascenso de un discurso y de una praxis económica y política en América Latina que hoy contrastan sustancialmente con las creencias prebischianas.

Considero, sin embargo, que esta fisura entre la imaginación memoriosa y la desmemoria real no es irreparable ni se justifica, por dos razones que estimo importantes: la primera, porque ningún examen honesto de las doctrinas que han presidido o interpretado el desarrollo latinoamericano en el último medio siglo puede prescindir de alguna referencia a Raúl Prebisch como economista, ideólogo, cacique y profeta;³ y la segunda, porque trastornos y frustraciones de apreciables dimensiones en la aplicación del neoliberalismo (“social” o sin adjetivos) en boga podrían aparejar en el futuro cercano un precipitado retraimiento en favor de los planteamientos de Prebisch y la pareja percepción de su “perenne actualidad”.

La primera razón me impele vigorosamente; dejo la otra al hegeliano ardid de la dialéctica, que ya se ha manifestado con su habitual ironía. Aludo explícitamente a una compilación de buenas monografías que fueron reunidas como homenaje a don Raúl⁴ y que, en el estilo y en las conclusiones, contradicen la filosofía básica de Prebisch. Tal homenaje me parece acertado si sus oferentes convergen con esta mi básica convicción: la forma superior de evaluar a Raúl Prebisch es la indagación crítica. Ignoro cualquier otra modalidad para mirar y admirar a un pensador audaz.

Propósitos

Este ensayo persigue un objetivo central: releer *El capitalismo periférico*⁵ considerándolo *un texto confesional*. Ya he demostrado en otra parte que constituye un quiebre con respecto a escritos anteriores de Prebisch;⁶

³ Fundamenté estos atributos en J. Hodara, *Prebisch y la CEPAL*, México, El Colegio de México, 1987.

⁴ L. Montuschi y H. Singer (comps.), *Los problemas del desarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica y Fundación Raúl Prebisch, 1992. Los aportes de W. Glade, J. Grunwald, M. Syrquin, K. S. Kim ponen en tela de juicio, sin indicar el hecho explícitamente, la filosofía y las orientaciones económicas del homenajeado.

⁵ R. Prebisch, *El capitalismo periférico*, México, FCE, 1981.

⁶ J. Hodara, “El capitalismo periférico tardío según Prebisch: reflexiones”, *El Timestre Económico*, vol. LV, núm. 219, julio-septiembre, 1988.

en esta ocasión pretendo dar un paso adicional: las fervorosas apreciaciones del autor en torno a la “crisis del capitalismo”, “la pugna distributiva”, “la sociedad privilegiada”, “el juego de poderes”, “la transformación”, y temas conexos entrañan *las confesiones* intelectuales de un hombre que, por encima de los 75 años, liberado de ataduras institucionales y seguro de su gravitación personal, aún vital pero huérfano de ilusiones, colmado por reconocimientos pero esquivado por el premio Nobel, proyecta y lanza a una sociedad que no supo acoger sus enseñanzas. Se trata, a mi juicio, de desahogos y exhortos enfilados en particular contra su propio país, el único que se habría transformado y *subdesarrollado* por propia determinación ejemplificando —si ejemplos le faltaran— “la eutanasia del excedente”.⁷

El término que empleo —*confesiones*— puede ser objetado por aquellos que conocieron el temple de don Raúl, hombre muy poco inclinado a la introspección y a los escauceos de su intimidad. No dejó ni memorial ni autobiografía. Sólo una nutrida correspondencia epistolar que debe ser explorada. Difiere Prebisch en esta perspectiva del ánimo culposo de un San Agustín y de los devaneos neuróticos de un Rousseau, que se revelaron ante sí mismos y ante la historia con radical —aunque no siempre genuina— desnudez, inclinaciones absolutamente extrañas a Prebisch, aunque debidamente compensadas por una espléndida y privilegiada capacidad de goce.⁸

No obstante me adhiero a este término por las siguientes circunstancias:

- El pensamiento prebischiano aflora en este libro con particular elegancia y con excusables reiteraciones. No es constreñido por la acartonada sintaxis de los organismos internacionales;⁹ cuando incurre en ambigüedades, no es movido por aquella antojadiza polisemia

⁷ R. Prebisch, *Contra el monetarismo*, Buenos Aires, El CID Editor, Fundación para la democracia en Argentina, 1982, p. 176.

⁸ Repárese en esta ironía: el *ethos* transformador y austero que norma a este libro no refleja la vitalidad lúdica y sensorial de su autor. En contraste, la CEPAL de la última década (1987-1997) ha absorbido selectivamente una variedad de principios (apertura, desregulación, eficacia y eficiencia, modernización del Estado, aliento a las exportaciones, aprovechamiento de los recursos naturales) profesados con acentuada arrogancia por las corrientes neoliberales. Sin embargo, el secretario ejecutivo de este periodo es célebre por su calvinista frugalidad y entregada consagración al trabajo.

⁹ Este género codificado y esotérico de lenguaje —mecanismo que a menudo disimula trivialidades— tiene antecedentes en los foros regionales e internacionales que se forjaron desde fines de la Primera Guerra. La espléndida novela, *La bella del señor*, de Alberto Cohen los caracteriza con puntual hilaridad, memorial obligado para cualquier estudioso de la cultura interna que se forja en estos organismos.

que conduce a neutralizar el significado de una frase con otra de signo adverso —celebrada propensión de la diplomacia— sino por las arduas dificultades inherentes al argumento que propone.

- Los razonamientos de Prebisch se permiten aquí licencias que parecieran inaceptables en otras obras sobre similar temática, como la ausencia de referencias empíricas y bibliográficas, la desestimación de contingencias y formaciones nacionales particulares, y la fugacidad en el señalamiento de hechos verificables. Los textos de *El capitalismo periférico* apelan al “conocimiento tácito” de audiencias intelectuales latinoamericanas forjadas en los sesenta y setenta, especialmente aquellas próximas o afines a los planteamientos dependencistas y neomarxistas. A un conocimiento en que lo conjetural era entonces más claro que lo explícito y lo verificable.
- Sus señalamientos a la “sociedad privilegiada de consumo” constituyeron más una denuncia que un diagnóstico. Una suerte de indignación moral las impelía. Y no es difícil adivinar que el marxismo, como ética contestataria y reivindicativa, fascinó a este hombre en su temprana juventud, y que en estas tesis encontraron un oportuno retorno.
- Y como es previsible en el género de las *confesiones*, también en el caso de Prebisch se deslizaron expresiones de *conversión*: de la adhesión al socialismo de Juan B. Justo a la colaboración estrecha con el presidente José E. Uriburu —pariente lejano por el lado de su madre—; de la ortodoxia monetarista al estructuralismo; de la provinciana Tucumán donde naciera¹⁰ a Australia y a los países europeos, con el respaldo financiero de la aristocrática Sociedad Rural Argentina. Las alusiones de Prebisch a estas volteretas de su biografía intelectual son recurrentes; no cabe desestimar su peso en la vitalidad y flexibilidad de don Raúl.
- Finalmente, Prebisch se confiesa en esta obra como un *economista político* clásico, renuente a adoptar los tecnicismos y el lenguaje de su profesión y afanosamente sensible a las argumentaciones sociológicas, aunque sin acabar de entenderlas en su encuadre original.

¿Cuáles son los ejes principales de estas *confesiones*?, y ¿qué conceptos las organizan de manera coherente?

El análisis del contenido de esta obra me conduce a identificar los siguientes motivos:

- la *politicación* radical de la economía periférica;

¹⁰ Curiosamente, la introducción al libro *Contra el monetarismo*, *op. cit.*, está plagada de errores factuales, como decir que Salta fue el lugar de nacimiento de Prebisch y que su actividad se inició en la CEPAL en 1953.

- la aceptación de categorías *dependentistas* para explicar el desenvolvimiento y la crisis de la sociedad periférica;
- la *condena* moral de los abusos redistributivos;
- la concepción del *excedente* como principal mecanismo de explotación social y acumulación productiva;
- el impulso a la *transformación*;
- la *narrativa utópica* que propone.

En las páginas siguientes se abordarán estos aspectos, tomando como base el texto y las referencias colaterales que se juzguen pertinentes.

A la economía por medio de la política, y de regreso

La gravitación de consideraciones o variables políticas en el discurrir económico de Prebisch se manifiesta en tres ámbitos. Uno es metodológico: es imposible comprender la conducta de los mercados si no se tiene presente la configuración de la estructura social, y en particular su carácter heterogéneo. Es probable que este concepto lo haya recibido de los trabajos de José Medina Echeverría, a quien dedica un efusivo agradecimiento en la introducción al libro. Medina ya había comprobado la importancia real de esta variable en sus primeros trabajos de campo en Bolivia (después de los de carácter académico efectuados en España y México) en su calidad de funcionario de la CEPAL y posteriormente del ILPES.

El segundo ámbito es sociopolítico: el ejercicio del poder y su difusión relativa entre los estratos sociales. Un tema que no le fue ajeno, ciertamente, a Aníbal Pinto, quien habría acuñado “el uso social del excedente”. El chileno Pinto, periodista y miembro del Partido Comunista hasta 1946, se convertirá con el tiempo, ya en la CEPAL, en uno de los colaboradores cercanos de Prebisch.¹¹

Por último, el ámbito epistemológico: las ideologías son en última instancia “epifenómenos” de los intereses, y éstos se valen *objetivamente* de diversos actores para expresarse. Conjeturo que este hilvanamiento entre causal y funcional de lo político y de lo estructural fue recogido por Prebisch en sus contactos frecuentes con los dependentistas de los setenta, quienes a su vez trasplantaron ideas de Mandel, Baran, Wallerstein y Sweezy.¹²

¹¹ Véase J. Valenzuela, “Aníbal Pinto y el estructuralismo latinoamericano”, *Pensamiento Iberoamericano*, núm. 29, enero-junio, 1996.

¹² Véanse de J. Hodara, “El capitalismo periférico...”, *op. cit.*, y “Orígenes de la CEPAL”, *Comercio Exterior*, núm. 37, 5 de mayo, 1987.

Veamos algunos ejemplos de cada nivel.

Nos dice Prebisch que “lo que importa es saber qué hay en la estructura social, detrás del mercado”,¹³ sugiriendo que la composición del tejido social, las tensiones que se verifican dentro de él, y la accesibilidad social de los actores gravitan sólidamente en la conformación de los mercados y en la inserción de aquéllos dentro de éstos. Los estratos superiores se apoderan de las posiciones clave de la sociedad, la competencia es altamente imperfecta, y en esta constelación son aquéllos los que “administran los precios relativos” en superior medida que el juego de oferta y demanda. Primero, porque “el fruto de la productividad se reparte muy desigualmente entre los distintos grupos sociales”;¹⁴ segundo, porque “el compartimiento del fruto del progreso técnico (el ingreso emanado de la acumulación) es tanto más débil cuanto más se desciende en la estructura social”;¹⁵ y en fin, porque “el excedente [...] responde sobre todo a los intereses dominantes de los estratos superiores, dadas la concentración de su poder económico y social y su considerable gravitación política”.¹⁶

En cuanto al nivel sociopolítico “la demanda en los mercados proviene de una cierta distribución del ingreso que dimana, a su vez, de una determinada estructura social y de las relaciones de poder que derivan de ella y de sus mutaciones”.¹⁷ La asimetría pronunciada en el reparto de los ingresos condiciona una difusión regresiva de las fuentes de poder. Así, “el capitalismo periférico se basa fundamentalmente en la desigualdad. Y la desigualdad tiene su origen [...] en la apropiación del excedente económico que captan principalmente quienes poseen la mayor parte de los medios productivos”.¹⁸ Con más claridad: “el juego de las relaciones de poder en la distribución del ingreso se manifiesta tanto en la órbita del mercado como en la del Estado”.¹⁹ Y la conclusión de este particular eslabonamiento entre variables: “una teoría simplemente económica no nos permite explicar las tendencias excluyentes y conflictivas del capitalismo periférico, tendencias que conducen tarde o temprano a la crisis del sistema”.²⁰ En otras palabras, la inviabilidad del capitalismo periférico hay que buscarla con mayor esmero en las varia-

¹³ R. Prebisch, *El capitalismo...*, *op. cit.*, p. 17.

¹⁴ *Ibid.*, p. 53.

¹⁵ *Ibid.*, p. 55.

¹⁶ *Ibid.*, p. 113.

¹⁷ *Ibid.*, p. 16.

¹⁸ *Ibid.*, p. 15.

¹⁹ *Ibid.*, p. 76.

²⁰ *Ibid.*, p. 96.

bles políticas (cómo se distribuye y difunde el poder) que en las económicas (cómo se conducen los mercados). No debe asombrar por lo tanto que la inflación no sea para Prebisch un fenómeno puramente económico, tratable con los dispositivos fiscales y monetarios convencionales. Pues “el juego de las relaciones de poder, conforme avanza el proceso de democratización, lleva fatalmente a la espiral inflacionaria”.²¹ No obstante, Prebisch se pregunta con candidez: “¿Por qué los economistas mejor dotados se extravían en especulaciones teóricas que los alejan irremediablemente de la realidad?”.²²

Y en cuanto al nivel epistemológico, Prebisch, con apego a las ideas de investigadores de la sociología del conocimiento, indaga el origen y la funcionalidad de las ideas públicamente anunciadas. Así: “en mi larga existencia he visto hombres brillantes empeñarse en la afirmación de ciertos dogmas. Diría que cuanto más brillantes más se encierran en sus dogmas y más se exaltan en su dialéctica para afirmar la verdad absoluta que contienen”.²³ Más claramente: “una teoría se acepta o se rechaza no solamente por su valor intrínseco sino por los intereses que están detrás de ella”.²⁴

Cuando hacemos converger estos tres niveles, la interpretación de los orígenes y funcionamiento del capitalismo periférico se torna más transparente, lo mismo que su probable colapso. La democratización avanza hasta cierto umbral; sin embargo, cuando los intereses de los estratos superiores están genuinamente en peligro, éstos movilizan los resortes represivos del Estado. Por tal motivo, “los principios neoclásicos sólo pueden aplicarse bajo un régimen de fuerza”²⁵ y “en nombre de la libertad económica se justifica el sacrificio de la libertad política”.²⁶

Como se verá más adelante, si así son las cosas toda transformación del sistema debe ser protagonizada por el Estado y tendrá expresión en un reparto diferente del poder.

Dependencia y subdesarrollo

Prebisch procura deslindar, sin éxito marcado, entre estas dos categorías, acicateado por el deseo de eludir las formulaciones “vulgares” del

²¹ *Ibid.*, p. 132.

²² *Ibid.*, p. 325.

²³ R. Prebisch, *Contra el monetarismo...*, *op. cit.*, p. 44.

²⁴ *Ibid.*, p. 108.

²⁵ *Ibid.*, p. 52.

²⁶ *Ibid.*, p. 63.

dependentismo latinoamericano conforme a las cuales la prosperidad de los centros (dicho sin recato: los Estados Unidos) emanaría exclusivamente de la explotación de los recursos de la periferia. Sin embargo, Prebisch no pudo sustraerse al discurso ideológico prevaleciente en las izquierdas latinoamericanas en los sesenta y setenta. En otro trabajo²⁷ intenté demostrar que los ingredientes dominantes de las corrientes dependentistas se originaron en una inestable —a veces peregrina— combinación de temas y autores. A los conceptos de “acumulación” planteados a la manera de Rosa Luxemburgo se injertaban conceptos provenientes de Wallerstein y Samir Amin; a los de la plusvalía de Marx se adhería el de “excedente” de Baran; los hálitos utópicos de Bloch se confundían con las críticas de Lúkacs al revisionismo social demócrata. Y este conjunto anárquico de razonamientos fue “latinoamericanizado” con motivos en parte arielistas y en parte indigenistas, que tenían como común denominador una actitud antinorteamericana, sin duda alimentada por las recurrentes torpezas e intervenciones desafortunadas de Washington en la región.

Tuvieron las corrientes dependentistas el mérito, primero, de subrayar el origen estructural y neocolonial de las desigualdades dentro de la sociedad latinoamericana; condenar, después, las influencias desnacionalizantes de las grandes corporaciones y enclaves; censurar, en tercer lugar, el régimen consular o de cooptación forjado por la asimétrica relación imperial; y la denuncia, por último, de los privilegios y de los mecanismos ostensibles y ocultos de los cuales las élites dominantes echan mano para perennizarlos.

Estos méritos contrastaron con lamentables fragilidades, como el descuido del rigor metodológico exigido por la investigación; los prejuicios respecto a la evolución de las disciplinas sociales en el “centro” norteamericano, adonde emigraron desde Europa entre las dos guerras; la vivencia intelectual disipada y bohemia de no pocos de sus representantes que mal convenía a la gravedad de lo que estaba colectivamente en juego; las denuncias sin un prolijo basamento empírico; y la lejanía física, social y ecológica de las masas que declaraban favorecer.

Aún se discute si categorías ya presentes en el “pronunciamiento prebischiano de 1949” influyeron en los dependentistas de los sesenta, o bien si éstos gravitaron en el discurso prebischiano ulterior.²⁸ Como fuere, Prebisch no fue insensible a estas corrientes que mezclaban denuncia con diagnóstico.

²⁷ J. Hodara, “La dependencia de la dependencia”, en J. Hodara, *¿El fin de los intelectuales?*, Lima, Universidad F. Villarreal, 1973.

²⁸ J. Valenzuela, *op. cit.*

A mi juicio, los principales temas que Prebisch asimiló en sus frecuentes contactos con funcionarios inclinados a la izquierda intelectual en ILPES-CEPAL y en algunos centros universitarios latinoamericanos son:

- la heterogeneidad social con fuerte acento en las diferencias de ingreso, sin llegar a un análisis de clases;
- la subordinación “neoimperial” de la periferia por medio de las transnacionales y de los medios de comunicación;
- los obstáculos deliberados, casi perversos, que opone “el centro hegemónico” al desarrollo constructivo de la periferia;
- la periferia como víctima pasiva de los ciclos externos;
- y por inferencia, la superior moralidad de la periferia.

Ciertamente, las categorías primigenias “centro” y “periferia” ya contenían nociones de un intercambio estructuralmente desigual entre el conjunto de naciones que conocieron tempranamente la revolución industrial y los países latinoamericanos que se atascaron en las actividades primarias. Estas nociones son claras y explícitas en autores como Manólesco y Wagemann, de quienes, a mi parecer, derivaron.²⁹ Según esta perspectiva, los países que participan en el comercio internacional no presentan caracteres similares ni se benefician en igual cuantía, ya sea por razones económicas —elasticidad desigual de la demanda de los productos intercambiados—, o por circunstancias y asimetrías políticas —que fueron exploradas por Hirschman en su primera obra de 1945.³⁰

De esta tensa disparidad entre centro y periferia derivaba otra: que el primero impondría obstáculos a la diversificación productiva de la segunda. Impresionó vivamente a Prebisch “un representante céntrico” que objetó el empleo del término “industrialización” en 1951, en momentos en que se suscribía en un foro intergubernamental de la CEPAL un exhorto en favor del desarrollo regional.³¹ De aquí la convicción de Prebisch en torno a la “índole centrípeta del capitalismo”, que habría contribuido a mantener la fragmentación y la debilidad productivas, con muy serias consecuencias.³² Más claramente: “los centros no tenían interés en promover la industrialización periférica y se opusieron a ella aduciendo las ventajas de aquel esquema pretérito de la división internacional del trabajo”.³³

²⁹ J. Hodara, *Prebisch y la CEPAL, op. cit.*, pp. 58 y ss.

³⁰ Véase A. O. Hirschman, *Power and International Trade*, San Diego, California University Press, 1945; y J. Hodara, “Hirschman y la dependencia”, *Economía y Demografía*, mayo-diciembre, 1984.

³¹ R. Prebisch, *Contra el monetarismo...*, *op. cit.*, p. 66.

³² R. Prebisch, *El capitalismo...*, *op. cit.*, p. 179.

³³ *Ibid.*, p. 186.

De estas tesis no fue difícil deslizarse rumbo a proposiciones muy familiares a las corrientes dependentistas y a los planteamientos sobre el “neoimperialismo”, incluyendo la carga emocional que éstos solían almacenar. Por ejemplo, “los centros, especialmente la superpotencia capitalista, emplean estas distintas formas de acción y de persuasión de tal manera que los países periféricos se encuentran sometidos a decisiones tomadas en aquéllos o se ven constreñidos a tomar decisiones que de otro modo no tomarían. Tal es el fenómeno de la dependencia”.³⁴ La indignación que Prebisch experimenta al contemplar estos nexos desiguales en el plano internacional lo conduce a *personalizarlos* con expresiones que son infrecuentes en otros escritos y exposiciones verbales, muy cuidadosos de las buenas maneras. Esta personalización era, en contraste, rasgo común en las posturas de los dependentistas cuando encaraban actores y textos considerados —o etiquetados— como colaboradores *objetivos* del anudamiento neoimperial.

He aquí una frase ilustrativa: “algunos economistas de los centros preconizan la devaluación en la periferia, no ya para corregir las consecuencias de una inflación, sino para conseguir la industrialización, sin desmedro de las leyes del mercado. Esto, además de respetar aparentemente la ortodoxia, tiene para aquéllos la virtud de abaratar sus importaciones primarias”.³⁵ Y de aquí Prebisch cayó en un exabrupto excepcional: “Friedman no tiene lugar en nuestras tierras”,³⁶ corriendo el riesgo de que algún “verdadero creyente” pudiera haber tomado sus palabras a pie juntillas.

Las relaciones recíprocas entre los planteamientos clásicos de la CEPAL prebischiana, las posturas dependentistas y el ascendente de categorías emanadas de autores de la izquierda radical europea y norteamericana, constituyen un fascinante tema de estudio. Muy pocas y breves exploraciones se han efectuado con esta intención. Existía obviamente en los años setenta, particularmente en los marcos de la efervescencia de la Unidad Popular chilena —tema que Prebisch extrañamente elude aunque sí recuerda sus contactos con el “Che” y con Fidel Castro— un clima discursivo que estimulaba la verbalización y las irradiaciones de posiciones adversas no sólo al Pentágono, como signo emblemático del *mal*, sino a instituciones, disciplinas e investigadores conectados con los Estados Unidos. Don Raúl jamás se adhirió a posturas desaforadas, en parte por su medida personal, y en parte por respeto a los compromisos institucionales. Sin embargo, no pudo sustraerse radicalmente de este

³⁴ *Ibid.*, p. 203.

³⁵ *Ibid.*, p. 272.

³⁶ R. Prebisch, *Contra el monetarismo...*, *op. cit.*, p. 143.

clima que afloraba en ámbitos muy próximos a algunos funcionarios-intelectuales de Flacso, ILPES y la CEPAL. La intensidad, las modalidades y los canales de estos influjos aún esperan la atención de los investigadores.

Entre el diagnóstico y la denuncia

Legendariamente se ha percibido como compleja la personalidad de Raúl Prebisch. Considero que tres pulsiones fundamentales la marcaron: las aficiones del *pensador*, el gesto autoritario del *cacique*, y el espíritu fervoroso del *profeta*.³⁷ Los rasgos de intelectual y líder carismático se manifestaron particularmente en su trayectoria institucional, incluyendo la etapa posterior a su retiro de la UNCTAD (1963). Pertenecía Prebisch a la estirpe del Gran Oidor, particularmente atento y ágil en los intercambios de ideas que solía suscitar en torno a temas que le concernían apasionadamente. Su estupenda capacidad de síntesis, por escrito y en la exposición oral, impresionaba vivamente a sus audiencias. Supo imponer autoridad a su entorno inmediato, incluyendo a los aparatos administrativos de las Naciones Unidas que, como se sabe, se apegan a una normatividad muy diferente a la que rige al “personal sustantivo”. En *El capitalismo periférico* sobresale el profeta, afín al temple iracundo de un Isaías (“hijos crié y saqué adelante y ellos se rebelaron contra mí”). El encono, los resentimientos y la impugnación afloran en este texto al referir el desenvolvimiento de la sociedad conspicuamente consumista, cuyos estratos dominantes no vacilan en movilizar el empleo de resortes represivos y en contener cualquier democratización cuando sus privilegios son amenazados. Con frecuencia recojo la impresión de que la explotación de las mayorías desfavorecidas afectó cuerdas muy sensibles —acaso sus tempranas predilecciones socialistas— de su estructura personal, aunque jamás se impuso a sí mismo —y mucho menos a las organizaciones que encabezó— la austeridad profesada.

Incurriendo en una visible tautología, Prebisch vincula el régimen institucionalizado de privilegios con los estratos superiores³⁸ latinoamericanos, aunque su genealogía es muy antigua: “Privilegio característico de todos los tiempos. En la larga trayectoria de la existencia humana, la vida afortunada de unos pocos se ha asentado siempre sobre el trabajo

³⁷ Describí estas pulsiones y sus expresiones en diversos recodos del desenvolvimiento institucional cepalino en *Prebisch y la CEPAL, op. cit.*, pp. 28 y ss.

³⁸ R. Prebisch, *El capitalismo...*, *op. cit.*, p. 42.

extenuante y la sujeción social de los muchos, apenas aliviados por una técnica rudimentaria de muy lenta evolución”.³⁹ Pero su reflexión se contextualiza en el espacio y en el tiempo contemporáneos de América Latina. Advierte y censura la falta de *racionalidad* tanto formal como sustantiva, excepto en las intenciones y los menesteres de los sectores dominantes. “Se trata de un fenómeno de irracionalidad por el cual nuevas capas técnicas eliminan prematuramente capas técnicas precedentes en desmedro de la ocupación y del producto global”,⁴⁰ irracionalidad que se complica y acentúa por la ausencia de un espíritu austero, presente, por ejemplo, en la economía japonesa contemporánea.⁴¹ A un periodista argentino que le preguntó por qué Japón se había desarrollado sin recursos naturales en contraste con Argentina que rebosaba de ellos, Prebisch le contestó tajantemente: “¡Porque allí hay japoneses!”.⁴² Un alfilerazo que emanaba probablemente de la postración económica que Prebisch contemplaba entonces en su país, muy poco agradecido por los servicios que le había prestado en diversas oportunidades.

Se comprobará más adelante que racionalidad, concertación y hábitos austeros —el típico paradigma weberiano del Occidente capitalista— es lo que Prebisch reclamará en América Latina si, en respuesta a su crisis estructural, pretende *la transformación*.

Los fueros y desafueros del excedente

Categoría central de este escrito, es el hilo que vincula a todas las argumentaciones y denuncias prebischianas. Prebisch usa con enigmática ambigüedad este término, que no es original, por cierto. Se inscribe en la semiótica de Marx, Rosa Luxemburgo, Hilferding, Baran y S. Amin, aunque no resulten claros su significado y nivel de aplicación. A menudo “el excedente” parece constituir un concepto microeconómico, como si sintetizara la ganancia empresarial con el interés al capital invertido y la descontada amortización. Y en otros pasajes alude a un agregado, que fluiría de la productividad incremental y sumada de los factores. Y cuando Prebisch escruta el origen del excedente y lo relaciona con la expoliación laboral suele confundirlo con el concepto clásico de la plusvalía. Sea como fuere, se trata de una noción estratégica del razonamiento

³⁹ *Ibid.*, p. 331.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 72.

⁴¹ *Ibid.*, p. 75.

⁴² R. Prebisch, *Contra el monetarismo...*, *op. cit.*, p. 135.

prebischiano y del tránsito hacia la transformación cualitativa del sistema latinoamericano.

Al intentar una definición, Prebisch dice que “en primera aproximación, suficiente por ahora, podríamos suponer que el excedente se identifica con la ganancia de las empresas”,⁴³ pero enseguida añade: “el excedente es aquella parte de los sucesivos incrementos de productividad que no se traslada a la fuerza de trabajo por virtud de la heterogeneidad de la estructura social [...] y se apropia y retiene por los propietarios de los medios productivos de las empresas gracias a la expansión continua de la demanda”. Atento a los cambios que vienen ocurriendo en el control de las empresas, Prebisch hace hincapié en que “el propietario sigue apropiándose del excedente aunque no desempeñe funciones empresariales”.⁴⁴ Sin embargo, él no repudia a la propiedad privada; al contrario, como Adam Smith y Locke, la considera garantía de la libertad individual. Convicción que algunos miembros de la izquierda ortodoxa latinoamericana habrán de reprocharle, trayéndola como prueba del “carácter pequeñoburgués” y de la insensibilidad al “análisis de las clases” que caracterizarían a don Raúl.⁴⁵

Según Prebisch, el excedente arrastra efectos económicos y sociales contradictorios. Si éste falta no se produce la indispensable acumulación productiva: “El crecimiento continuo del excedente es una exigencia dinámica esencial del sistema y de este crecimiento depende fundamentalmente la acumulación de capital”; pero agrega de inmediato: “y también el desenvolvimiento de la sociedad privilegiada de consumo”.⁴⁶ Adviértase el contrapunto de estas frases: “el excedente constituye la expresión conspicua de la forma desigual en que se distribuye el fruto de la creciente productividad”, pero “la dinámica del sistema se basa en el excedente y en su aumento incesante”.⁴⁷

Prebisch hace más densa la confusión conceptual cuando atribuye al excedente un origen premoderno y una índole no monetaria: “antes de la Revolución industrial, el excedente se concretaba en la tenencia del suelo, sea por el poder económico, militar o teocrático; y a partir de la Re-

⁴³ *Ibid.*, p. 25.

⁴⁴ R. Prebisch, *El capitalismo...*, *op. cit.*, p. 56.

⁴⁵ Véanse los comentarios de I. Parra Peña repetidos en *Comercio Exterior*, núm. 29, 11 de noviembre, 1979; *Desarrollo Indoamericano*, vol. XIV, núm. 56, marzo, 1980; y *Economía Colombiana*, abril-mayo, 1980. Parra Peña sugiere que si Prebisch hubiese utilizado “plusvalía” en lugar de “excedente”, “despojo” como sinónimo de “apropiación”, y “crisis por superproducción” como equivalente de “contracción”, habría cristalizado una concepción genuinamente revolucionaria; un juicio que no fue excepcional en su momento.

⁴⁶ R. Prebisch, *El capitalismo...*, *op. cit.*, p. 103.

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 91 y 107.

volución industrial, como resultado portentoso del progreso técnico, gracias al mecanismo de la apropiación [el excedente] se capta sobre todo por los propietarios de los medios productivos en los cuales se manifiestan las innovaciones que acrecientan de más en más la productividad".⁴⁸ No obstante, su carácter monetario es subrayado en cualquier caso: "el alza de los precios permitirá a las empresas recuperar el excedente mientras no vuelvan a subir las remuneraciones".⁴⁹

Podría conjeturarse que el nexo entre excedente y consumo conspícuo es causal. Sin embargo, Prebisch anota una tesis que fuerza a pensar que la relación entre ambos es más compleja. Dice: "No hay tal austeridad en el capitalismo periférico [...] Y aunque la hubiere, no sería posible avanzar en el compartimiento del excedente más allá de un cierto límite crítico".⁵⁰ Esto es, no se elude ni la pugna distributiva ni la "inflación social" que le sigue aun en marcos de contención del consumo, pues en tal situación los estratos superiores latinoamericanos recurren al empleo de la fuerza para retener el privilegio. Recurso que faltaría en una sociedad francamente austera, por razones ajenas a los mecanismos del excedente.

La transformación: ni socialismo ni liberalismo

El análisis prebischiano explicaría el "eterno retorno" de la sociedad latinoamericana, zarandeada por el incesante tránsito de acumulación y parálisis, de democratización y ruptura institucional, de optimismo y colapso. La lucha por el "compartimiento" del excedente allana el camino a la inflación social, y ésta es resuelta por medio de la represión política o militar. Aquí estarían el origen y la explosión de la crisis.⁵¹ Para salir de este maléfico círculo, Prebisch apremia a la "transformación estructural", esto es, "una síntesis entre liberalismo y socialismo. Socialismo en cuanto serán materia de decisión colectiva el ritmo de acumulación y la corrección de las disparidades estructurales en la distribución del ingreso. Y liberalismo en cuanto la asignación de capital para responder a la demanda se realizará libremente en el mercado según decisiones individuales".⁵²

⁴⁸ *Ibid.*, p. 115.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 130.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 61.

⁵¹ No así para P. Vuskovic, quien pone énfasis en la excesiva concentración del ingreso como factor precipitante del descalabro. Véase "Raúl Prebisch y su teoría del capitalismo periférico", *Comercio Exterior*, núm. 37, 5 de mayo, 1987, p. 413.

⁵² R. Prebisch, *El capitalismo...*, *op. cit.*, p. 49.

La transformación cualitativa es indispensable, pues “compréndase que para comprimir el consumo privilegiado será necesario un cambio muy importante en la estructura del poder político. De lo contrario, la resistencia sería muy fuerte y el Estado tendría que limitarse a tomar una parte moderada del incremento de la productividad”.⁵³ Por lo demás, si el Estado, tal como se configura de momento, procede a reducir los privilegios, corteja su radical desmantelamiento: “cuando el Estado acude a impuestos que gravan directamente el excedente, sin que ellos recaigan en los costos, estos impuestos tienen también efectos que impulsan en una u otra forma la tendencia hacia la crisis”.⁵⁴

Parece obvio que el Estado debe ser recompuesto y conquistado desde dentro si se pretende una genuina transformación. Pero este requerimiento, en el que Lenin puso énfasis en su contingencia revolucionaria, es desestimado por Prebisch. Él impugna la violencia en todas sus formas. Impugnación que suscita filosas preguntas: *transformación* ¿de qué y en qué?, ¿quiénes son los *actores* de ella?, ¿cómo habrán de modificarse el alcance y los equilibrios de los poderes constituidos?, ¿qué será táctica y qué estrategia en la transformación aconsejada?, ¿se trata de un *tránsito voluntarista*, impelido por una ética superior, o de un viraje estructural, forzado por circunstancias objetivas?, ¿qué *reacciones* suscitarán en “los centros”, comprobada su renuencia secular y pertinaz a mudanzas relativamente menores como la industrialización o el incremento de las exportaciones?, y ¿por qué habrán de aceptar los estratos privilegiados, sin resistencia armada o civil, la extinción de la sociedad que tanto los beneficia?

Prebisch esquivo o desconsidera estas interrogantes. Se limita a anticipar lineamientos generales que recuerdan el socialismo constructivista que Karl Mannheim predicó al cobijo y con la hospitalidad de la mesurada sociedad británica;⁵⁵ a este sociólogo Prebisch lo conoció probablemente por medio de su buen amigo José Medina. Así profesa: “el uso social del excedente no significa transferirlo a manos del Estado sino dedicarlo racionalmente a la acumulación, el consumo y los gastos del Estado, de acuerdo a un plan concertado técnicamente y aprobado democráticamente”.⁵⁶

No sólo la lógica y los tiempos de la *transformación* permanecen inescrutables. Es cierto: no es fácil atenderla ni descifrarla. Ni convenía

⁵³ *Ibid.*, p. 135.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 98.

⁵⁵ Véanse K. Mannheim, *Libertad y planificación social*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, y *Estado y planificación democrática*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945.

⁵⁶ R. Prebisch, *El capitalismo...*, *op. cit.*, p. 292.

al prestigio personal de Prebisch embarcarse en exploraciones empíricas en torno a significativos intentos transformadores, como el de Cuba de 1959 y el de Chile de los setenta. Sin embargo, contaba Prebisch con la posibilidad de cotejar diferentes variantes del capitalismo y del socialismo democrático, por ejemplo en los países escandinavos, en Nueva Zelanda, Israel, Inglaterra o Francia. A la especificidad de la periferia latinoamericana debió seguir, a mi parecer, el énfasis en la pluralidad de las variantes de la transformación, tal como se institucionalizaron en sociedades modernas, sin excluir desde luego “el socialismo real” soviético que don Raúl impugnó —valga la paradoja— con apego a las sesgadas evidencias proporcionadas por “el centro hegemónico”. Paradoja y enigma que deben estimular la curiosidad de futuros investigadores.

Los indiscretos encantos de la utopía

Prebisch esbozó a fines de los setenta un conjunto de tesis y convicciones que ni las élites latinoamericanas ni la CEPAL aceptan en los noventa. “Decíamos en la Introducción [a *El capitalismo periférico*] que dos grandes mitos del capitalismo se desvanecen. El de su expansión planetaria, que llevaría a todas partes las ventajas del sistema. Y el otro mito del desarrollo periférico a imagen y semejanza de los países avanzados”.⁵⁷ Claramente: situados nosotros en la América Latina de fines de siglo, el desvanecimiento anunciado parece de momento fantasioso. Tampoco es hoy aceptable el intervencionismo estatal predicado por don Raúl: “A fin de responder a las exigencias de una racionalidad colectiva, el Estado deberá determinar cómo ha de repartirse el excedente entre acumulación, consumo y servicios del Estado”.⁵⁸ Y este exhorto de don Raúl ya no se inscribe, a mi parecer, en las narraciones utópicas de la juventud latinoamericana, castigada como fue y aún lo es por el indiscreto engaño propinado por políticos e intelectuales de todo género: “La transformación no es una operación técnica y política, sino que debe ser esencialmente moral, y tiene que buscarse la compatibilidad entre el interés personal, que tiene un gran sentido dinámico, y el interés colectivo, entre decisiones colectivas en materia de ritmo de acumulación y distribución y decisiones individuales en el mercado. El Estado debe ser el regulador fundamental pero sin estorbar el crecimiento de la economía”.⁵⁹ Una

⁵⁷ *Ibid.*, p. 179.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 311.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 86.

exhortación ética reminiscente de los “incentivos morales y psicológicos” que la Revolución cubana predicó en los sesenta; sin embargo, Prebisch nunca los difundió en su entorno institucional inmediato ni en las prédicas a la sociedad latinoamericana.⁶⁰

Debe ser materia de futuras incursiones en el tema dilucidar si este hálito utópico prebischiano es un producto de la desesperanza o de su inquebrantable optimismo. Y si al cabo constituye una floración extemporánea del “discurso a la juventud” que pensadores decimonónicos gustaban enhebrar⁶¹ o si es un ingrediente que todavía será reclamado por la modernización enajenante y la cultura de la impunidad que hoy caracterizan a la situación de la región.

Recibido y revisado en octubre de 1997

Correspondencia: Universidad de Bar Ilán, Israel/apartado postal 7540/Rehavia, Jerusalem/teléfono y fax 972 2 5634357/e-mail jhodara@ibm.net

⁶⁰ Obsérvese otro ardid de la dialéctica hegeliana que de ninguna manera encierra un reproche personal o una infidencia. El hijo único de don Raúl es hoy un ciudadano estadounidense que está forjando su carrera pública y profesional en California. Tal es el peso de la enigmática razón histórica.

⁶¹ Véase al respecto J. Hodara, *¿El fin de los intelectuales?*, *op. cit.*, especialmente el ensayo dedicado a la sociología del “pensador”.